

pero al fin dijo que haria lo que su buen discípulo pedia, sólo por darle gusto, sin otro interes alguno.

Abrazóle el negro, y dióle un beso en el carrillo en señal del contento que le habia causado la merced prometida, y aquel dia dió de comer á Loyasa tan bien como si comiera en su casa, y áun quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltára.

Llegóse la noche, y en la mitad della ó poco ménos comenzaron á cecear en el torno, y luégo entendió Luis que era la cáfila que habia llegado; y llamando á su maestro, bajaron del pajar con la guitarra bien encordada y mejor templada.

Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban. Respondieronle que todas, sino su señora, que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó á Loaysa; pero con todo eso quiso dar principio á su designio y contentar á su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sonos hizo que dejó admirado al negro, y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba.

Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron, cuando le oyeron tocar el *Pésame de ello*, y acabar con el endemoniado són de la zarabanda, nuevo entónces en España? No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo con silencio extraño, poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba. Cantó asimismo Loaysa coplillas de la *Seguida*, con que acabó de echar el sello al gusto de los escuchantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagrosa músico.

El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galan y gentil hombre que habia en toda la pobrería de Sevilla.

Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince dias de casa, que ellas le regalarían muy bien, y darian cuanto hubiese menester. Preguntáronle qué modo habia tenido para meterle en casa.

A esto no les respondió palabra: á lo demas dijo que para poderle ver hiciese un agujero pequeño en el torno, que despues lo taparian con cera, y que á lo de tenerle en casa, que él lo procuraria.

Hablólas tambien Loaysa, ofreciéndoseles á su servicio con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salian de ingenio de

pobre mendigante: rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto, que ellas harian con su señora que bajase á escucharle á pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacia de sus años, sino de sus muchos celos.

A lo cual dijo Loaysa, que si ellas gustaban de oirle sin sobresalto del viejo, que él les daria unos polvos que echasen en el vino, que le harian dormir con pesado sueño más tiempo del ordinario.

—¡Jesús, valme, dijo una de las doncellas; y si eso fuese verdad, qué buenaventura se nos habia entrado por las puertas sin sentillo y sin merecello! No serian ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi señora Leonora, su mujer, que no la deja á sol ni á sombra, ni la pierde de vista un solo momento: ¡ay, señor mio de mi alma! traiga esos polvos, así Dios le de todo el bien que desea: vaya, y no tarde, tráigalos, señor mio, que yo me ofrezco á mezclarlos en el vino y á ser la escanciadora; y pluguiese á Dios que durmiese el viejo tres dias con sus noches, que otros tantos tendríamos nosotras de gloria.

—Pues yo los traeré, dijo Loaysa, y son tales que no hacen otro mal ni daño á quien los toma, sino es provocarle á sueño pesadísimo.

Todas le rogaron que les trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer á su señora para que le viese y oyese, se despidieron; y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar licion, la cual le dió Loaysa, y le hizo entender que no habia mejor oido que el suyo en cuantos discípulos tenia, y no sabia el pobre negro ni lo supo jamas hacer un cruzado.

Tenian los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche á escuchar por entre las puertas de la calle, y ver si su amigo les decia algo ó si habia menester alguna cosa, y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban á la puerta, y por el agujero del quicio les dió breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase á sueño para dárselo á Carrizales, que él habia oido decir que habia unos polvos para este efeto: dijéronle que tenian un médico amigo que les daria el mejor remedio que supiese, si es que le habia, y animándole á proseguir la empresa, y prometiéndole de

volver la noche siguiente con todo recaudo. apriesa se despidieron.

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra: con ellas vino la simple Leonora, temerosa y temblando de que no despertase su marido, que aunque ella vencida deste temor no había querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música y de la gallarda disposición del músico pobre, que sin haberle visto le alababa y le subía sobre Absalon y sobre Orfeo, que la pobre señora convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenía ni tuviera jamás en voluntad.

Lo primero que hicieron fué barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetan leonado, anchos á la marineresca, un jubon de lo mismo con trencillas de oro, y una montera de raso de la misma color, con cuello almidonado con grandes puntas y encajes, que de todo vino proveído en las alforjas, imaginando que se había de ver en ocasion que le conviniese mudar de traje.

Era mozo y de gentil disposición y buen parecer, y como había tanto tiempo que todas tenían hecha la vista á mirar al viejo de su amo, parecióles que miraban á un ángel.

Poníase una al agujero para verle, y luego otra; y porque le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido; y despues que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan extremadamente, que las acabó de dejar suspensas y atónitas á todas, así á la vieja como á las mozas, y todas rogaron á Luis diese orden y traza como el señor su maestro entrase allá dentro, para oírle y verle de más cerca, y no tan por brújula como por el agujero, y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podía cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos, lo cual no sucedería así, si le tuviesen escondido dentro.

A esto contradijo su señora con muchas véras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaría en el alma, pues desde allí le podían ver y oír á su salvo, y sin peligro de su honra.

—¿Qué honra?—dijo la dueña;—el rey tiene harta: estése vuesa merced encerrada con su Matusalen, y déjenos á nosotras holgar como pudiéremos: cuanto más, que parece este señor tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos.

—Yo, señoras mías,—dijo á esto Loaysa,—no vine aquí sino con intencion de servir á todas vuestas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura, y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden: hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condicion y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandáre; y si cualquiera de vuestas mercedes dijere: Maestro, siéntese aquí; maestro, pásese allí, echaos acá, pasaos acullá, así lo haré, como el más doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia.

—Si eso ha de ser así,—dijo la ignorante Leonora,—¿qué medio se dará para que entre acá dentro el señor maese?

—Bueno,—dijo Loaysa:—vuestas mercedes pugnen por sacar en cera la llave de esta puerta de en medio, que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra tal que nos pueda servir.

—En sacar esa llave,—dijo una doncella,—se sacan las de toda la casa, porque es llave maestra.

—No por eso será peor,—replicó Loaysa.

—Así es verdad,—dijo Leonora;—pero ha de jurar este señor primero que no ha de hacer otra cosa, cuando esté acá dentro, sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos.

—Sí juro,—dijo Loaysa.

—No vale nada ese juramento,—respondió Leonora;—que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz, y besalla, que lo veamos todas.

—Por vida de mi padre juro,—dijo Loaysa,—y por esta señal de cruz que la beso con mi boca sucia.

Y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces.

Esto hecho, dijo otra de las doncellas:

—Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el *tuatem* de todo.

Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo á aquellas horas, que eran dos despues de la media noche, por la calle á sus amigos, los cuales haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París, Loaysa les habló y les dió cuenta del término en que estaba su pretension, y les pidió si traian los polvos, ó otra cosa, como se la habia pedido, para que Carrizales durmiese; dijoles asimismo lo de la llave maestra.

Ellos le dijeron que los polvos, ó un unguento, vendria la siguiente noche, de tal virtud que, untados los pulsos y las sienas con él, causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos dias, si no era lavándose con vinagre todas las partes que se habian untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harian hacer con facilidad. Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplia la palabra prometida de la llave.

Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso á los que en él esperan, en fin corre á las parejas con el mismo pensamiento, y llega el término que quieren, porque nunca pára ni sosiega.

Vino, pues, la noche, y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico; pero no vino Leonora; y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado, el cual tenia cerrada la puerta del aposento donde dormia con llave, y despues de haber cerrado se la ponía debajo de la almohada, y que su señora les habia dicho que en durmiéndose el viejo haria por tomarle la llave maestra y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí á un poco habian de ir á requerirla por una gatera.

Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo; pero no por esto se le desmayó el deseo.

Y estando en esto oyó la trompa de París: acudió al puesto; halló á sus amigos, que le dieron un botecico de unguento de la propiedad

que le habian significado: tomólo Loaysa y dijoles que esperasen un poco, que les daria la muestra de la llave.

Volvióse al torno y dijo á la dueña, que era la que con más ahinco mostraba desear su entrada, que se lo llevase á la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenia, y que procurase untar á su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que veria maravillas.

Hízolo así la dueña; y llegándose á la gatera, halló que estaba Leonora esperando, tendida en el suelo de largo á largo, puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña, y tendiéndose de la misma manera, puso la boca en el oido de su señora, y con voz baja le dijo que traia el unguento, y de la manera que habia de probar su virtud.

Ella tomó el unguento, y respondió á la dueña cómo en ninguna manera podia tomar la llave á su marido, porque no la tenia debajo de la almohada, como solia, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maese que, si el unguento obraba como él decia, con facilidad sacarian la llave todas las veces que quisiesen, y así no sería necesario sacarla en cera: dijo que fuese á decirlo luégo y volviese á ver lo que el unguento obraba, porque luégo luégo le pensaba untar á su velado.

Bajó la dueña á decirlo al maese Loaysa, y él despidió á sus amigos, que esperando la llave estaban.

Temblando y pasito, y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora á untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices; y cuando á ellas le llegó, le parecia que se estremecía, y ella quedó mortal, pareciéndole que la habia cogido en el hurto.

En efeto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fué lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura.

Poco espacio tardó el alopiado unguento en dar manifestas señales de su virtud, porque luégo comenzó á dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oir en la calle: música á los oidos de su esposa más acordada que la del maese de su negro; y, aun mal segura de lo que veia, se llegó á él, y le estremeció un poco, y luégo más, y luégo otro poquito más por ver si despertaba; y á tanto se